

La Novela Cine

SIN FAMILIA
(COMPLETA)



POR
**LESLIE
SHAW**

**30
cts.**

LA NOVELA CINE

Año II

Diretor: ANTONIO GASCON

Núm. 10

PRINCIPE FILMS, S. L. (Aldamar, 7.-San Sebastian)

presenta la superproducción

SIN FAMILIA

la gran obra popular de HECTOR MALOT adaptada a la pantalla
en seis episodios.

Protagonista: LESLIE SHAW

PUBLICACIONES MIREYA

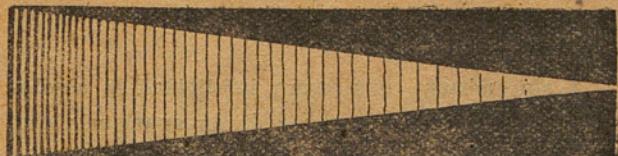
Apartado 390.

Alcántara, 28

MADRID



Remigio y Mattia recorrián los pueblos.



SIN FAMILIA

CUANDO la señora de Milligan quedó viuda, la muerte de su esposo la dejó sumida en el mayor de los dolores. Inútiles eran para ella las frases de consuelo de Jaime, hermano del que fué su marido, y sólo un pequeño paliativo a su tristeza, la vista de Remigio, un niño de pocos meses de edad que la había quedado como fruto de su corto matrimonio.

Al pensar los pobres que la mayor infelicidad es la falta de fortuna, no podrían comprender cómo la señora de Milligan, viuda de uno de los más grandes potentados ingleses, se consideraba la mujer más desgraciada del Universo.

Y sin embargo, una nueva infelicidad la acechaba. Jaime Milligan, a pesar de su apariencia cortés y cariñosa, ocultaba un fondo depravado y egoista. Con frecuencia, al contemplar al pequeño Remigio, recuerda las numerosas y grandes posesiones y la cuantiosa fortuna de que el niño es heredero. Y llevado por su codicia, piensa también Jaime que, muerto o desaparecido el niño, la ley le reconocería a él como heredero y todas aquellas riquezas de fábula irían íntegras a sus manos.

Cobarde, no se atrevía a pensar en la muerte de Remigio, pero no podía separar de su mente la idea de su desaparición, ya que de esta forma, pasados los años que la ley marca, él podría entrar en posesión de toda la fortuna.

Estas ideas dieron pronto sus frutos. Y Jaime fué en busca de un tal Driscoll, hombre de la peor especie, que, a cambio de unas monedas, se puso a disposición del infame tío.

La noche señalada para el rapto, Jaime aumentó sus amabilidades y al entrar para despedirse del niño, volcó un narcótico en la taza de té que el aya había de tomar poco después.

Y cuando todos, menos Jaime, ya dormían y llegó la hora convenida, Driscoll saltó la verja del jardín

y, siguiendo las instrucciones recibidas de Jaime, penetró en el hotel...

A la mañana siguiente, cuando la infeliz madre se enteró de su nueva desgracia, creyó morirse de dolor... Hipócritamente, Jaime dió también muestras de gran pesar, y, con un gran cinismo, él mismo avisó por teléfono al Inspector de guardia.

Pero fueron inútiles todas las pesquisas que durante varios días hizo la policía. El niño no apareció por parte alguna, y los raptadores no habían dejado ningún rastro.

Sólo Jaime estaba enterado del paradero del niño, por los informes que le había dado Driscoll.

—Abandoné el chaya en el quicio de un portal y poco después lo recogió un hombre de pobre traza. Le seguí, siguiendo sus instrucciones. El hombre tomó el tren y salió de París por la línea del mediodía. Yo viajé con él en el mismo departamento, hasta que llegamos a Chavanon, un pueblo miseravile, perdido en el centro de Francia. Allí he solicitado informes. El hombre que ha recogido al niño se llama Barberin y tiene una casita en ese pueblo, donde vive su mujer. El casi siempre está en París, pues su oficio es el de albañil y allí no encuentra trabajo.

Jaime, al escuchar tales informes, respiró satis-

fecho. Para él sería la cuantiosa fortuna de su hermano.

Pero pocos días despué, al ir el doctor a reconocer a la señora de Milligan, siempre delicada desde las dos desgracias que soportó, el médico dió nueva noticia:

—Va usted a ser madre de nuevo.

¡Oh, si los demás se hubieran fijado en el gesto que Jaime puso al escuchar tales palabras!

Y en efecto, algún tiempo después, a los siete meses de la muerte de su marido, la señora de Milligan dió a luz un nuevo niño, que bautizaron con el nombre de Arturo. Pero seguramente por la impresión que causó en la madre la muerte de su esposo y la desaparición de su otro hijo, Arturito nació paralítico y el doctor, dijo a Jaime:

—A usted se le puede decir la verdad, que la pobre madre no puede conocer. El nuevo niño no vivirá mucho tiempo.

Y Jaime se vió obligado a hacer una mueca de tristeza que ocultara su enorme y despiadada alegría.

Ocho años después, Remigio vivía en Chavanon con la señora de Barberín, a quien consideraba como madre. También ésta, ante el recuerdo de un hijo que se le murió poco antes de ser recogido Remigio, sentía por el niño un amor maternal, amor que era muy merecido de Remigio, ya que era un modelo de aplicación y de bondad.

Mientras los demás pequeños de su edad pasaban el día en sus juegos, a veces demasiado brutales, Remigio dedicaba sus horas al estudio y a ayudar a la que él creía su madre. Un día, hallándose sentado al pie de un árbol ejercitándose en el dibujo sobre un álbum, que sostenía sobre sus rodillas, vió a lo lejos, cómo un pelotón de muchachos maltrataban a otro que llevaba una carretilla con unas hortalizas. La carretilla volcó y todas las hortalizas cayeron a tierra. Remigio, llevado de sus buenos sentimientos corrió en ayuda del desgraciado. Y gracias a sus buenos brazos y fuertes puños, consiguió librarse de las bromas de los demás. Uno de ellos gritó a Remigio:

—Déjalo. ¿Por qué le ayudas? ¿No ves que es un niño sin padres que está en la Asistencia Pública?

Remigio, desoyendo estas crueles consideraciones,

SIN FAMILIA

consoló al infeliz muchacho y le ayudó a volver a la carretilla todas las hortalizas que estaban en tierra.

Pocos días después de esta escena, cuando él y la señora de Barberín estaban cenando, un individuo llamó a la puerta. Y una vez que preguntó si estaba ante la señora de Barberín, dió la mala noticia. Barberín, que era en extremo aficionado a la bebida, había acudido a la obra en lamentable estado de embriaguez. El capataz al verle de aquel modo, le prohibió que subiese a los andamios, pero él, sin hacer caso, comenzó la ascensión, hallando pronto castigo a su imprudencia, ya que dió un traspiés y cayó desde una gran altura, no habiéndose matado de milagro. Se había roto un pie y estaba en el Hospital. Pero aún había algo más: probablemente quedaría inútil para el trabajo y el contratista se negaba a pagarle la indemnización correspondiente, pues había demostrado que Barberín había subido al andamio completamente borracho y contraviniendo las órdenes que le había dado el capataz.

—Pero Barberín no se conforma con ello y quiere poner pleito.

Remigio hubo de consolar a la señora de Barberín y los dos, llenos de tristeza, se acostaron para no dormir. No habían pasado muchos días cuando se

SIN FAMILIA

recibió una carta de Barberín, solicitando fondos para su pleito. La pobre mujer le envió parte de lo que tenían ahorrado para la vejez. Pero aquella cantidad no fué suficiente, pues, al poco tiempo, Barberín volvió a escribir varias veces pidiendo más dinero. Llegó un día en que los ahorros se terminaron y que hubo que responder a sus peticiones con una negativa. Entonces Barberín encargó que se vendiese la vaca, ya la única propiedad que les quedaba, pues lo más importante es que el pleito fuese resuelto a su favor.

¡Qué dolor más intenso el de Remigio, cuando tuvo que separarse de su vaca, que antes él cuidaba, y que, al ser vendida, se obstinaba en salir de su estable!

Pero no hubo más remedio. La vaca se fué tras de sus compradores, y ya por las noches, la señora de Barberín no podía obsequiar a su niño con aquellas sopas de leche ni con aquellas tortas de manteca. Llegaron los días de escaseces, incluso de miseria, ya que antes era la vaca su único sustento.

Hasta que llegó el martes de Carnaval, día de bollos y de tortas. La señora de Barberín quisó obsequiar a Remigio como en otros años y para ello tuvo que pedir manteca prestada a una vecina. Y cuando estaban poniendo la masa a la lumbre, con el regocijo

natural de lo dos infelices, y se besaban alegres, la puerta se abrió bruscamente y un hombre de fisonomía dura, que cojeaba al andar, entró, mientras decía:

—¿Se celebra aquí la fiesta?

Era Barberín. Remigio corrió a echarse en sus brazos, pero él le rechazó con la punta de su bastón. Sin hacer tampoco caso de su mujer, gritó:

—Hazme unas buenas sopas.

Y ante la mirada de desaliento de su mujer, Barberín contempló el sitio donde antes colgaban los jamones, ahora vacío, y el que se destinaba a colgar los embutidos donde ahora no había más que una ris tra de ajos y unas pocas cebollas.

Con estas cebollas y esta manteca—dijo señalando la que estaba preparada para las tortas—hazme unas sopas.

¡Adiós tortas con las que ya Remigio contaba! La cena fué bien triste y cuando, ya terminada, Remigio fué a acortarse, Barberín esperó a que éste ya se hubiese dormido. Entonces, dijo a su mujer que había perdido el pleito y puesto que eran pobres y los padres de Remigio no se presentaban a reclamar a su hijo pagando una buena cantidad por su crianza, era necesario llevarlo a la asistencia pública. La pobre mujer rogó y gimió inútilmente.

Remigio, que había escuchado la conversación, al saberse expósito y conocer la amarga verdad de que la señora Barberín no era su madre, creyó morirse de pena. Pasó toda la noche desasosegado y a la mañana siguiente se echó en los brazos de la pobre mujer. Los dos lloraron en silencio, abrazados.

Y cuando la señora Barberín había salido en busca de leña, su marido dijo a Remigio:

—Vente contigo.

Y los dos marcharon por la carretera. Al pasar ante la posada de «El caballo blanco», el posadero estaba en la puerta y llamó a Barberín para pedirle noticias de su cojera. Le invitó a pasar y allí Barberín comunicó al ventero su decisión de deshacerse de Remigio. En la mesa de al lado había un hombre de extraño aspecto que llevaba un mono y tres perros amaestrados. Este hombre, de larga barba rubia, había oído la conversación y habiéndole gustado el aspecto de bondad y listeza que tenía Remigio, propuso a Barberín que se lo cediese a cambio de una gratificación.

Pronto el trato se cerró y Remigio, a quien no se le consistió despedirse de la señora Barberín, tuvo que seguir en sus peregrinaciones al señor Vitalis, que así se llamaba su nuevo amo. No tardó Remigio en conocer el dolor con que el pan se ganaba

en la «Compañía del señor Vitalis». Esta compañía estaba compuesta por el propio señor Vitalis, por el mono Caralinda, por los perros Capi y Zerbino, por la perra Dulce y ahora también por Remigio. Iban recorriendo todo el país de pueblo en pueblo y en todos hacían pantomimas, tras de las cuales hacían recolechas. Vitalis se mostraba siempre dulce y cariñoso con Remigio y aun le llamaba «Kemi», como la señora Barberín. Con gran paciencia le enseñó a tocar el arpa y en las funciones que daba por los pueblos, los animales bailaban a los acordes de las piezas que «Kemi» interpretaba.

Al lado de Vitalis, rodeado de los perros y con su arpa al hombro, Remigio recorrió casi toda Francia. Hasta que un día en Pau tuvieron un gran disgusto. Un agente municipal cortó la representación en la plaza pública, so pretexto de que en aquel pueblo no se podían hacer pantomimas sin haber conseguido antes permiso en el Municipio, y como Vitalis le contestase—cosa desusada en él—de mala manera, el agente se lo llevó detenido. Antes de marchar, Vitalis dijo a Remigio que se volviera a la posada con los perros y que le esperase allí hasta que el asunto se arreglara. Pero Vitalis fué condenado a dos meses de prisión por desacato a la autoridad, y el

posadero, al enterarse, puso en la calle al pobre «Kemi» con el mono y los perros.

Al encontrarse solo Remigio sin medio alguno de subsistencia hasta tanto que a Vitalis le devolviesen la libertad, pensó en recorrer durante los dos meses los pueblecillos de los alrededores, haciendo pantomimas, a fin de poder recoger lo bastante para atender a su subsistencia y a la de los animales.

En su peregrinación, y al pasar por cerca de un río, vió en él, atracado a una de las orillas, un bareo completamente blanco, en cuya cubierta había una marquesina de cristales, bajo la cual había una elegante señora junto a un niño, sin movimiento, que iba echado en una cama.

Juzgando Remigio que aquel público pagaría bien sus pantomimas, comenzó a tocar el arpa y los animales hicieron sus piruetas, causando con ello la alegría del niño. Iniciada la conversación, al saber la señora que Remigio estaba solo durante dos meses que duraría la prisión de Vitalis, le propuso que los pasase embarcado, ya que de este modo tan gran distracción podría proporcionar con su mono y sus perros a Arturito, el pobre niño paralítico: Remigio aceptó encantado, y minutos después se encontraba con toda su «troupe» en el barco.

La señora de Milligan, pues no era otra aque-

lla señora, a raíz del nacimiento de Arturito había ido a Inglaterra, su patria, pero luego, por consejo de los médicos, había regresado a Francia, ya que ese clima era más a propósito para el débil estado de Arturo. Y a fin de que éste pudiese viajar sin molestias y hacer vida campestre, respirando el aire puro y distrayéndole con el cambio constante de paisaje, había mandado construir aquel barco en el que viajaban.

Remigio pronto se hizo ser querido de todos por su bondad y por sus amabilidades con Arturito, a quien distraía continuamente. El pobre paralítico tomó tanto cariño a su amiguito, que cuando ya los dos meses pasaron y Remigio se dispuso a ir en busca de Vitalis, pidió a su madre que arreglase el modo de que Remigio se quedara para siempre con ellos. Así lo rogó la señora Milligan a Vitalis, cuando éste fué a ofrecerle sus respetos. Pero Vitalis dijo que sentiría quedarse solo, y Remigio, aunque de Vitalis no sabía más que era italiano y que ya era algo anciano, pues las canas abundaban entre el oro de sus cabellos y de sus barbas, no quiso abandonarle. Y con gran tristeza de la señora de Milligan y de Arturito, Remigio abandonó el barco para continuar su peregrinación tras de Vitalis.

Pero la desgracia parecía querer cebarse en aquellos infelices, y pocas noches después de abandonar el barco, cuando dormían en una choza de paja que medianamente resguardaba de la nieve, se vieron sorprendidos por una manada de lobos que mataron a Zerbino y a Dulce.

A la pena de ver a tan queridos amigos destrozados, a dentelladas se unió el dolor de ver la «troupe» tan reducida, con lo que ya sus ingresos decrecerían considerablemente.

Pero no acabaron aquí las desdichas. Y días después, cuando estaban parando en una posada, sin tener lo bastante para pagar su pensión, el mono Caralinda se agravó del enfriamiento que tomó al dormir sobre la nieve la noche en que los lobos devoraron a los perros y, a pesar de los cuidados que Vitalis y Remigio le dispensaron, murió.

Con el alma contristada por la pena, tuvieron que hacer una representación sólo con Capi, a fin de poder reunir lo bastante para pagar al posadero, y en vista de lo mal que marchaban los negocios, Vitalis decidió dirigirse a París, en donde dejaría hospedado a Remigio en casa de un protector de la infancia y él se dedicaría a buscar nuevos animales.

Desde el momento en que Remigio los abandonó, ni un sólo día dejó de oír la señora de Milligan de labios de su hijo Arturito sus deseos de que nuevamente fuese encontrado. Por otra parte, la señora de Milligan pensaba con frecuencia en su hijo, que desapareció misteriosamente en circunstancias tan extrañas. Por ello, dió encargo a su cuñado Jaime de que, sin reparar en gastos, hiciese cuantas gestiones fuesen necesarias para encontrar a Remigio y al niño desaparecido, a quienes ella creía dos personas distintas.

Precisamente Jaime tenía entonces también interés en encontrar a Remigio, aunque con fines completamente distintos a la madre. Jaime había acudido a una Agencia de Negocios, de malos negocios se entiende, a pedir algún dinero adelantado a cuenta de la herencia de su hermano, que algún día habría de ser suya. Los agentes no pusieron inconvenientes por Arturito, ya que todo el mundo sabía que tarde o temprano éste habría de sucumbir víctima de su enfermedad; pero pusieron reparos por la posibilidad que había de que algún día reapareciese el otro niño. Y pusieron como con-

dición de que el niño habría de buscarse, a fin de tenerlo siempre bajo su vigilancia.

Jaime, pues, fué a Chavanon a recoger el niño de casa de Barberín; pero allí se encontró con la novedad de que Remigio allí no estaba. En vista de ello encargó a Barberín que le buscase y le prometió una buena gratificación si encontraba a Remigio. Barberín aceptó encantado y, recordando que Vitalis le dijo que todos los años pasaba por París y que en casa de un tal Garofoli se le podía encontrar, no dudó en ponerse en camino.

Al marchar, dijo a su mujer que la familia de Remigio lo reclamaba y que él iba en su busca

Cuando Vitalis y Remigio llegaron a París, fueron a casa de Garofoli, y como éste se hallara ausente, Vitalis dejó el niño allí y marchó a realizar unas gestiones, prometiendo volver más tarde para hablar con el dueño de la casa.

Remigio quedó solo con otro niño llamado Matías, que le puso en antecedentes de lo que era aquella casa. Garofoli no era más que un explotador de

nifios, a quienes obligaba a mendigar, poniéndoles como deber entregarle una cantidad determinada de monedas. Como Mattía había sido siempre muy torpe para obtener buena recaudación, a pesar de que tocaba medianamente el violín, había sido dedicado por Garofoli a cuidar de la olla; pero para evitar que el pequeño matase su hambre cuando estuviera solo, cerraba el perol al marcharse con un candado. Con la conversación, llegó la hora en que debían volver los discípulos de Garofoli. Llegaron hasta doce. En cuanto entraban, cada uno iba a colgar su instrumento en un clavo que estaba sobre la cama en que dormía; este un violín, aquel un arpa, uno la flauta, otro la gaita, y los que no eran músicos, sino que enseñaban animales domesticados, metían en una jaula sus marmotas o sus conejos de Indias.

Resonó en la secalera un paso más pesado, que era de Garofoli; en efecto, al poco rato vió Remigio entrar un hombre de pequeña estatura, de rostro enfermizo y que vacilaba al andar; en vez de vestir el traje italiano iba envuelto en un paleto gris.

Lo primero que hizo al entrar fué mirar a Remigio de una manera que le heló la sangre.

—¿Quién es este chico? —preguntó.

Mattía le respondió con viveza, dándole las explicaciones que Vitalis le había encargado.

—¡Ah! Está Vitalis en París—dijo—. ¿Qué me quiere?

—No lo sé—respondió Mattía.

—No hablo contigo, sino con este muchacho.

—El amo vendrá—contestó Remigio sin atreverse a hablar con franqueza—y entonces podréis saber lo que desea.

—He aquí un mozalbete que conoce el valor de las palabras; ¿no eres italiano?

—Soy francés.

Dos niños que se habían acercado a Garofoli desde el instante en que entró, estaban de pie a su lado esperando a que acabase de hablar. ¿Qué le querían? No tardó Remigio en conocer la contestación a esta pregunta que se hacía con curiosidad.

Uno de ellos tomó su sombrero y fué a colocarle con gran cuidado sobre una cama, el otro le acercó una silla; a juzgar por la gravedad y por el respeto con que ejecutaban aquellos actos tan sencillos de la vida se hubiera creido que eran dos acólitos ayudando religiosamente al sacerdote que oficiaba. Aquel detalle hizo comprender a Remigio hasta qué punto era temido Garofoli, pues indudablemente no obraban de aquella manera por cariño.

niños, a quienes obligaba a mendigar, poniéndoles como deber entregarle una cantidad determinada de monedas. Como Mattía había sido siempre muy torpe para obtener buena recaudación, a pesar de que tocaba medianamente el violín, había sido dedicado por Garofoli a cuidar de la olla; pero para evitar que el pequeño matase su hambre cuando estuviera solo, cerraba el perol al marcharse con un candado. Con la conversación, llegó la hora en que debían volver los discípulos de Garofoli. Llegaron hasta doce. En cuanto entraban, cada uno iba a colgar su instrumento en un clavo que estaba sobre la cama en que dormía; este un violín, aquel un arpa, uno la flauta, otro la gaita, y los que no eran músicos, sino que enseñaban animales domesticados, metían en una jaula sus marmotas o sus conejos de Indias.

Resonó en la secalera un paso más pesado, que era de Garofoli; en efecto, al poco rato vió Remigio entrar un hombre de pequeña estatura, de rostro enfermizo y que vacilaba al andar; en vez de vestir el traje italiano iba envuelto en un paleto gris.

Lo primero que hizo al entrar fué mirar a Remigio de una manera que le heló la sangre.

—¿Quién es este chico? —preguntó.

Mattía le respondió con viveza, dándole las explicaciones que Vitalis le había encargado.

—¡Ah! Está Vitalis en París—dijo—. ¿Qué me quiere?

—No lo sé—respondió Mattía.

—No hablo contigo, sino con este muchacho.

—El amo vendrá—contestó Remigio sin atreverse a hablar con franqueza—y entonces podréis saber lo que desea.

—He aquí un mozalbete que conoce el valor de las palabras; ¿no eres italiano?

—Soy francés.

Dos niños que se habían acercado a Garofoli desde el instante en que entró, estaban de pie a su lado esperando a que acabase de hablar. ¿Qué le querían? No tardó Remigio en conocer la contestación a esta pregunta que se hacía con curiosidad.

Uno de ellos tomó su sombrero y fué a colocarle con gran cuidado sobre una cama, el otro le acercó una silla; a juzgar por la gravedad y por el respeto con que ejecutaban aquellos actos tan sencillos de la vida se hubiera creido que eran dos acólitos ayudando religiosamente al sacerdote que oficiaba. Aquel detalle hizo comprender a Remigio hasta qué punto era temido Garofoli, pues indudablemente no obraban de aquella manera por cariño.

Cuando se hubo sentado Garofoli, otro niño le llevó con presteza una pipa atestada de tabaco y otro le presentó un fósforo encendido.

—¡Huele a azufre, animal!—gritó en cuanto le puso en contacto con la pipa—arrojándola después a la chimenea.

El culpable se apresuró a enmendar su falta encendiendo otro fósforo que dejó ardor bastante tiempo antes de ofrecérsele a su amo.

Pero éste no lo aceptó.

—¡Tú no, imbécil!—dijo rechazándole duramente; luego se volvió hacia otro niño, hablándole con una sonrisa, que sin duda era en él un insigne favor.

Luego pidió el libro de las cuentas y todos los niños, puestos en fila, fuéreron entregando su recaudación diaria. Los que habían tenido la habilidad o la suerte de haber llegado a la cifra que les señalara de antemano Garofoli, respiraban tranquilos. Pero la mayoría de ellos, a quienes faltaba algo para completar su cantidad, se veían insultados y temían que ponerse en un grupo aparte de «castigados». Estos «castigados» habían de contemplar la comida de sus compañeros, sin que ellos pudiesen tomar bocado. Y cuando terminó el humildísimo yantar, Garofoli tomó con toda calma unas disciplinas y ordenó a los castigados que se despoja-

sen de sus chaquetas. Los cuerpecitos ya al aire, las disciplinas fueron marcando sobre ellos rayas rojas... Remigio tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse. Y una pena le amargaba también. ¿Sabría Vitalis adonde le traía? No; no era posible, ya que de su amo no podía esperarse una crueldad así.

Pero pronto vió confirmada su opinión. Cuando los disciplinazos eran más fuertes y los lamentos y los ayes de los niños más dolorosos, se abrió la puerta y Vitalis apareció en el umbral. Y comprendiendo rápidamente la escena, se lanzó sobre Garofoli y arrancándole las disciplinas, le cruzó con ellas la cara.

—¿Con qué derecho se mete usted en mis asuntos?—le grito Garofoli.

—Es cierto; con ninguno—replicó Vitalis—. Y pronto vendrá a mezclarse en ellos quien tendrá derecho para acabar con esta vergüenza.

Y cogiendo a Remigio desapareció, abochornado por la innoble escena que acababa de contemplar.

Pocos minutos después, fué cuando tuvo la oportunidad Barberín de presentarse a preguntar por un tal Vitalis.

—¡Vitalis está en el infierno, donde debería también estar usted!—gritó enfurecido Garofoli.

Barberín comprendió que el horno no estaba para bollos aquel día y se fué, pensando en volver otro

día, en que el amo de la casa estuviera más sosegado.

En efecto, a los dos o tres repitió la visita. Pero fué inútil que llamase repetidamente a la puerta. Nadie contestaba. Hasta que un vecino le dijo que ya nadie vivía allí. Garofoli había sido sorprendido por la visita de la policía y estaba en la cárcel. Y en cuanto a los niños habían sido llevados al Hospicio.

Y en vista de ello, Barberín comunicó a los agentes de negocios amigos de Jaime Milligan, que para proseguir sus gestiones necesitaba una remesa de fondos.

Vitalis y Remigio siguieron sus peregrinaciones por pueblos y aldeas. Su vida era cada vez peor, pues a la escasez de ingresos se unía que el anciano cada vez estaba más achacoso.

Una noche, no teniendo mejor sitio donde dormir, se acurrucaron junto al quicio de una puerta. Era una noche tan fría, que el agua de los regatos se había helado... Y a la mañana siguiente, cuando la puerta se abrió, un cuerpo cayó pesadamente a los pies del amo de la casa. Era Vitalis, el pobre Vitalis, que había terminado su amarga existencia en aquella horrible noche de frío.

Remigio seguía durmiendo junto a él, en un sueño muy próximo a la muerte. Cuando se despertó estaba en una cama. Miró alrededor suyo. No conocía aquella habitación. Tampoco conocía las personas que le rodeaban: un hombre con chaquetón gris, una niña de seis años que fijaba en él sus sombreados ojos y otras varias personas más.

—¿Y Vitalis? —dijo.

—Pregunta por su padre —repuso una joven.

—No es mi padre, es mi amo. ¿Dónde está? ¿Dónde está Capí?

Si Vitalis hubiera sido su padre, hubiesen tomado precauciones para hablarle de él; pero como no era más que su amo, le dijeron sencillamente la cruenta verdad.

Remigio lloró la muerte del pobre señor Vitalis.

Poco después llegó el Comisario para interrogarle. Dijo cuanto sabía del infeliz anciano, que era bien poco. Y entonces el comisario dijo que, por papeles que se habían encontrado en la cartera del difunto, quedaba aclarado el misterio de aquel hombre un poco enigmático:

—Su nombre no era Vitalis; se llamaba Carlo Balsani, y si hubieráis vivido en Italia hace treinta y cinco o cuarenta años, ese nombre solo hubiera bastado para que supieráis quién era el hombre por quien

os interesáis. Carlo Balzani era en aquella época el cantante más famoso de toda Italia, y sus triunfos en los grandes teatros de Europa no tienen número; ha cantado en todas partes, en Nápoles, en Milán, en Roma, en Venecia, en Londres, en Florencia y en París. Pero llegó un día en que perdió la voz y no quiso amenguar su gloria comprometiéndola en teatros indignos de su reputación. Abandonó su nombre de Carlo Balzani y adoptó el de Vitalis, ocultándose a todos los que le habían conocido en sus tiempos de gloria. Mas como necesitaba vivir se dedicó a varias profesiones, sin resultado, y de caída en caída llegó a exhibir animales sabios. En su miseria le quedó, sin embargo, un resto de orgullo, y hubiera muerto de vergüenza si el público hubiese sabido que el famoso Carlo Balzani se había trocado en el pobre Vitalis.

¡Pobre Carlo Balzani, querido y admirable Vitalis! Si a Remigio le hubiesen dicho que su amo había sido rey, lo hubiera creído sin asombrarse.

El dueño de aquella casa era jardinero y una buena persona. Apiadado por la soledad de Remigio, le propuso que se quedase a vivir con ellos, para ayu-

darle en las tareas de jardinería. Remigio aceptó encantado y agradecido, pero solicitó que también se quedase con él su inseparable Capi, lo que fué aceptado.

Y allí, Remigio pasó muy buenos días, queriendo a todos y haciéndose querer de todos, especialmente de Lise, nieta del dueño de la casa, que estaba allí con su padre pasando una temporada de fiestas.

Cuando llegó el día en que Lise y su padre hubieron de despedirse para regresar a la mina donde éste trabajaba, la despedida fué triste y larga.

Remigio continuó ayudando al jardinero y acaso nunca se hubiera marchado de aquella casa, si no fuera porque un día, cuando había salido a hacer un recado, se tropezó con Barberín, de quien salió huyendo. Logró, gracias a sus ligeras piernas, burlar la persecución, que Barberín casi no pudo intentar con su cojera; pero creyó oportuno marchar pronto de allí, para no ponerse en el trance de verse de nuevo frente a frente con el hombre de quien ningún bien podía esperar.

Sin decir las causas que le motivaban a aquella marcha, comunicó sus deseos al dueño de la casa y éste, con gran pena, le dejó ir, en compañía de su Capi. Y otra vez, Remigio, con el arpa al hombro, volvió a recorrer las calles, implorando la caridad

pública. Otra vez, hubo de recorrer pueblos, durmiendo en los pajares y en los quicios de las puertas. Hasta que un día tuvo una amable sorpresa. En una de las villas donde fué encontró un niño que tocaba el violín y que llevaba la misma vida ambulante que él. Pronto los dos se reconocieron. El pequeño violinista era Mattia, el cocinero del señor Garofoli. Los dos se abrazaron conmovidos y acordaron unirse para formar una pequeña compañía y ayudarse mutuamente. Desde entonces, los dos continuaron juntos su peregrinación.

Remigio tenía el deseo de regresar a Chavanon para abrazar a la señora Barberín, ya que ahora sabía que no se encontraría allí con su marido. Pero antes de ir quería ahorrar lo suficiente para comprar una vaca, que pudiese sustituir en el estable aquella otra que tan buena manteca para tortas daba, y que hubo de venderse ante las exigencias de Barberín.

Y como para ir a Chavanon tenían que pasar muy cerca del lugar donde estaban las minas en que trabajaba el padre de Lise, también tenía el proyecto de saludar a su amiguita. Mattia aprobaba los proyectos de su amigo y compañero y pronto la suerte les ayudó en las recaudaciones. La cuantiosa suma que recogieron en una boda, tocando sus instrumentos para

que los invitados bailasen a sus acordes, fué la base de sus ahorros.

Cuando llegaron a la mina, fueron acogidos por Lise con grandes pruebas de cariño. Al regresar el padre del trabajo les obligó a que pasasen con ellos dos días. Al día siguiente, el buen hombre regresó del trabajo con una grave contrariedad. Se había puesto enfermo su acarreador, y como allí había escasez de brazos, no encontraría otro y habría de esforzarse sin trabajar hasta que su ayudante mejorase de su dolencia. Remigio, apenado por la tristeza del padre de su amiguita, presto se ofreció a sustituir al enfermo. El minero no quiso aceptarlo, pero al ver las reiteradas insistencias de Remigio, acabó por prometerle que al día siguiente bajaría a la mina con él. Así se hizo, y durante un buen espacio de tiempo, Remigio se dedicó a arrastrar la vagoneta que contenía el carbón que había arrancado el pico del padre de su amiguita. Entre las tinieblas de la mina, Remigio trabajaba con grandes brios, sólo por la alegría de ser útil al hijo de quien tanto le había favorecido. Pero pasado el descanso del mediodía, un grito, espantoso alarido, retumbó por todas las galerías:

—¡Agua en la mina!

Insistió fué que corrieran a ponerse en salvo. El agua les alcanzó y la galería donde se encontraban

fué inundada y cortadas todas las salidas. Agarrados a las paredes tuvieron que resistir, heroicamente, aquella tremenda corriente de agua, que cada vez subía más. Comenzó por llegarles a los tobillos y fué ascendiendo hasta pasarles de la cintura y llegar a lamérles el cuello. Y cuando ya la situación era insostenible y habría bastado diez minutos más para que todos aquellos hombres murieran, los que dirigían el salvamento consiguieron abrir un boquete para comunicarlos con otra galería y por allí fueron saliendo medio desfallecidos...

¡Con qué alegría vieron de nuevo el sol! Admirados todos del heroísmo de Remigio, hicieron una colecta en su favor, que se sumó a lo que ya él tenía ahorrado para la vaca de la señora de Barberín.

Al despedirse de Lise y de su padre, Remigio, Mattia y el perro Capi, continuaron su peregrinación, procurando que sus ahorros aumentasen siempre y no olvidando que el punto de destino sería Chavanon.

Hasta que un día, en una feria, Remigio vió logrados sus anhelos. Tras de mucho discutir con los chalanes, pudo ver realizada su ilusión de llevar tras él una vaca para mamá Barberín.

Y sin perder tiempo, entonces, se dirigieron a Chavanon. ¡Qué alegría la de la señora Barberín al ver aparecer a su Remigio! Le abrazó llorando de alegría

y le prometió querer a Mattia tanto como a él. Pero su alegría no tuvo límites, cuando vió en el establo la vaca que previamente Remigio había encerrado.

Pasaron allí los tres, unas semanas muy felices. Pero pronto su tranquilidad se vió truncada por un emisario que traía la noticia de que Barberín había muerto en el hospital, víctima de un atropello de automóvil, cuando intentó cruzar la calle en completo estado de embriaguez. El emisario traía una carta que Barberín escribió en el hospital el día antes de morir. La carta decía así:

Mi querida esposa:

Estoy en el hospital, tan mal, que a mi paracer, no volveré a levantarme. Si tuviese fuerzas te diría de qué manera he adquirido la enfermedad; pero esto no hace al caso y vamos a lo que importa. Te escribo para decirte que, si no me curo, deberás escribir a Gret and Gally, Green-square, Lincoln's-Jun, en Londres; son unos agentes de negocios encargados de buscar a «Kemi». Les dirás que tú sola puedes darles noticias del niño y harás que te paguen bien tus informes; es preciso que con ese dinero te asegures una vejez tranquila. Podrás saber donde está «Kemi» escribiendo a un tal Asquín, jardinero, que vive en Clychy, cerca de París, pues últimamente estaba recogido en su casa.

Recibe un abrazo de

Barberín.

—¡En marcha para Londres!—grito Mattia—. ¡Vamos a buscar a tus padres!

Igual le aconsejó mamá Barberín, no por el interés como le aconsejaba su marido, sino por el deseo de verle con su familia y bien, pues todo parecía delatar que los padres de Remigio tendrían grandes medios de fortuna.

En vista de ello, decidieron los dos muchachos emprender el largo viaje, prometiendo a la señora de Barberín dar cuantas noticias fueran interesantes y llamarla a su lado, en cuanto su estado de fortuna lo permitiera.

Con la esperanza de que las gestiones de Barberín darían resultado, Jaime Milligan, de acuerdo con sus agentes de negocios, había dispuesto que en caso que Remigio apareciese, sería llevado a casa de Driscoll, diciéndole que éste era su padre, y con objeto de evitar más complicaciones para lo sucesivo, los agentes ya habían amañado una partida falsa, en la que constaba el nacimiento de un niño llamado Remigio Driscoll.

Pero todo aquel plan perverso había caído por tierra, cuando supieron la muerte de Barberín. Cuál no sería su asombro, al ver entrar por sus puestas a

Remigio acompañado de su amigo y de su perro. Rápidamente tomaron su determinación y acordaron que los tres fueran llevados a casa de Driscoll, haciendo creer a Remigio que iba a casa de su verdadera familia...

Como a pesar de los reiterados encargos que la señora de Milligan había dado a su cuñado de que buscarse a Remigio, éste no aparecía, y Arturito, lejos de olvidarse de su antiguo amigo, cada vez lo recordaba con más insistencia, se vió obligada la desdichada señora a tomar la determinación de buscarle por sí misma. Y recordando que Remigio les había dicho cuando estuvo en el barco que sus padres vivían en Chavanon, allá fué en busca del matrimonio Barberín.

Mamá Barberín la recibió muy amablemente y, enterada del objeto de la visita, se lamentó de que la señora hubiese llegado tan tarde, pues Remigio acababa de salir para Londres en busca de sus padres. Entonces le contó la historia de Remigio, y al escucharla la señora de Milligan tuvo una sospecha... ¿Sería Remigio su hijo desaparecido? Preguntó a la señora de Barberín si conservaba las ropitas que el niño llevaba al ser hallado por su marido, y cuando

mamá Barberín se las presentó, la sospecha se convirtió en certeza. ¡Remigio era su hijo! Y la señora de Milligan maldijo aquel momento en que, habiéndole tenido en el barco, le dejó marchar, sin que su corazón de madre le dictase la verdad.

—¿Dónde está? ¿Dónde ha ido?

—No sé. Ha ido a Londres. Pero nada más... La carta en que constaban las señas de los agentes que le buscan se la llevó él...

—¡Pero Londres es tan grande!... ¿Cómo encontrarle?

Y la señora Milligan transida de dolor, pidió a la señora de Barberín que la acompañase.

La viveza de Mattia pronto sospechó que aquella familia Driscoll no era la verdadera de Remigio. Y esta sospecha fué tomando cuerpo cuando comprobó que los Driscoll eran todos gente de la peor calaña, que se dedicaban a vivir no se sabía de qué modo, y cuando pudieron apreciar como Capi, siempre tan honrado y leal, había sido enseñado, por aquella gente, a cometer pequeñas raterías en los comercios.

Y un día descubrieron la verdad completa. Driscoll dijo a Remigio que no podía salir aquella tarde de paseo, pues necesitaba de él. Mattia hizo como que se marchaba solo, pero, ladino, volvió a encerrarse en un arcón. Allí vió cómo un señorón elegante fué pre-

sentado a Remigio. El señor le preguntó con un gran interés si nunca había sufrido enfermedad de cuidado, y al saber que había tenido una fluxión en el pecho, cogida la noche que murió Vitalis, tuvo una cruel sonrisa de alegría. Aplicó su oído el pecho del muchacho, y al ver lo bien que funcionaban los pulmones, no pudo reprimir una mueca de disgusto. Después de ello, Driscoll ordenó a Remigio que se retirase, y ya el señor, que era Jaime Milligan, como los lectores habrán adivinado, habló con toda claridad. Mattia, desde su escondite, no perdió una sílaba.

—Hay que tener mucho cuidado con el muchacho. Su madre que está en Milligan-Parck, sigue buscándole con perseverancia y sería horroroso que nuestro buen negocio se malograra. Yo voy a decirla que el muchacho ha muerto, a ver si de este modo consigo que deje ya de hacer pesquisas.

Y aquella misma noche, Mattia, puso en conocimiento de su amigo, todo lo que por la tarde escuchó.

—¿Y qué hacemos?

—¡Tonto! Escaparnos esta misma noche y marcharnos a Milligan-Parck.

Y pocos días después, Remigio pudo abrazar a su madre y a su hermano. Su contento sin límites, aún fué mayor, cuando, después de los brazos de su madre, le cogieron los de la señora de Barberín.

SIN FAMILIA

La doncella anunció:

—El señorito Jaime desea hablar con la señora.

La madre de Remigio salió a recibir a su infame cuñado, quien, al verla, puso, hipócrita, el más triste de los semblantes:

—Vengo a darte una mala noticia. Tu hijo ha muerto. Hace dos semanas fué atropellado por un automóvil.

La madre fingió una lágrima.

—¿Y Remigio? Del niño que tanto entretenía al pobre Arturo, ¿sabes algo de él?

—Sí, también. Está en una cárcel de Italia condenado por robo.

Entonces, la señora de Milligan no pudo contener un carcajada. Llamó al timbre y ordenó que viniera Remigio. Y cuando éste llegó, dijo al cuñado:

—Aquí tienes al que ha muerto bajo un automóvil y al que está condenado por robo. Aquí tienes, canalla, al heredero de la fortuna de mi marido. Por ser hermano de él y llevar el nombre de mis hijos, no te denuncio ante la Justicia.

Jaime Milligan salió avergonzado, y la madre volvió a abrazarse a su hijo.

FIN



Remigio en la mina

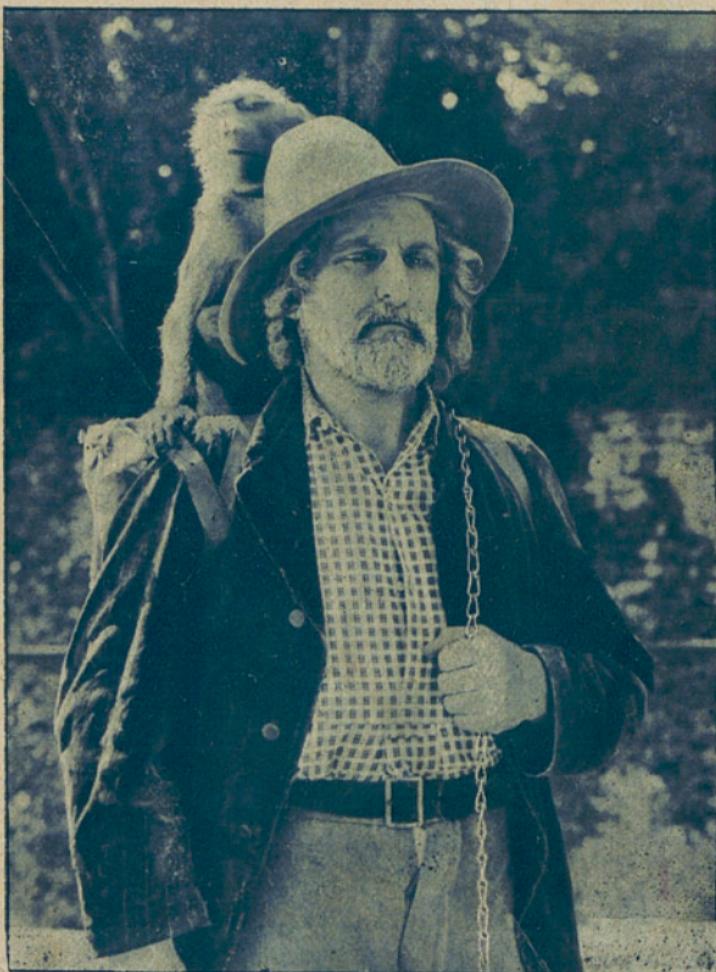


En Milligan-Park

La Novela Cine

Año II

Número 10



El señor Vitalis

30 cts.